

LA SONRISA DEL GATO



RODOLFO MARTINEZ

La estación espacial llamada La Peonza es el silencioso campo de batalla donde varias potencias luchan, por todos los medios a su alcance, por obtener una pieza vital de información. Una malévola inteligencia artificial acabará interfiriendo en el proceso con propósitos desconocidos.

Libro imprescindible para comprender la evolución de la ciencia ficción española, *La sonrisa del gato* es una original mezcla de thriller, cyberpunk y space opera, con personajes inolvidables y un ritmo endiablado; una novela «mestiza» en la que conviven con sorprendente armonía varios géneros distintos.

Publicada originalmente en 1995, *La sonrisa del gato* fue la primera novela de Rodolfo Martínez, pero también la primera novela española cyberpunk: una narración contada con garra y sin miedo a probar nuevos caminos. Veinte años después de su publicación, la historia no ha perdido fuerza y la peripecia sigue siendo fresca y trepidante.

*Esta es para ti.
Tú sabes muy bien quién.
Y sabes mejor por qué.*

LA SONRISA DEL GATO

Fue durante uno de sus escasos y, a menudo tensos, encuentros diplomáticos, cuando la Confederación de Drímar y el Mandato Sáver decidieron la construcción conjunta de una serie de estaciones espaciales en la zona de la Galaxia conocida como la Convergencia: unos diez pársecs cúbicos en la frontera entre Confederación y Mandato en los que no existía nada más interesante que una enorme nebulosa oscura (posiblemente una estrella o un grupo de ellas en formación) y varios púlsares que quizá, alguna vez, habían sido estrellas normales que acabaron entrando en fase de supernova.

La Convergencia era una zona con un carácter legal algo difuso. No pertenecía por entero a la Confederación o al Mandato y los incidentes que se pudieran producir en ella entre algunos de sus ciudadanos no tenían, por acuerdo tácito entre ambas partes, consecuencias en sus relaciones diplomáticas. Hasta la construcción de la primera de las estaciones, los únicos humanos que viajaban a la Convergencia eran buscadores de fortuna a bordo de sus enormes dragas, que recolectaban metales preciosos de la nebulosa protoestelar. Se habían financiado expediciones científicas, tanto de un lado como del otro, pero se habían ido abandonando: aún faltaban miles de años para que la nebulosa colapsase en una masa estelar y los científicos querían obtener resultados en plazos algo más razonables. Solo un par de estaciones automáticas frente a la nebulosa, visitadas dos veces al año por personal de mantenimiento, sobrevivían ahora. En unos quince años, la Estación de Convergencia Número Uno estuvo construida, y casi inmediatamente, fue bautizada como la Peonza.

Eso era lo que parecía: una enorme peonza en mitad de la nada, orbitando alrededor de una estrella de neutrones. Estaba orientada de forma que su parte más ancha quedaba encarada al púlsar, del que obtenía energía en forma de rayos X, y su extremo más ahusado, que miraba hacia el exterior del sistema, servía como refrigerador y antena. Se creó un estatuto especial de gobierno para la estación, y por extensión para toda la Convergencia, por el que esta quedaba bajo la jurisdicción conjunta de ambas potencias y, al mismo tiempo, con cierta autonomía respecto a ellas. Eso atrajo pobladores casi enseguida y, pese a las restricciones de inmigración, se colaron en la Peonza numerosos elementos marginales. Un grupo importante de la población original estaba compuesto por científicos que se sentían encorsetados por las cortapisas morales de la Confederación, y especialmente del Mandato, en materia de investigación. Geneticistas e informáticos trabajaron en la Peonza con una libertad con la que jamás habrían podido soñar en sus lugares de procedencia y pudieron crear cosas por las que, en otros sitios, habrían pasado el resto de su vida en la cárcel o habrían sido ejecutados.

Mientras tanto, la Confederación y el Mandato habían detenido la construcción de las otras estaciones. El presupuesto de la Peonza había sobrepasado las expectativas más pesimistas y los políticos de ambos bandos vetaron la continuación del proyecto, alegando los escasos beneficios que se obtendrían de él.

El tiempo se encargaría de hacerlos quedar como los miopes que eran: en apenas dos generaciones la Peonza exportaba a la Confederación y al Mandato los productos más inocuos de su tecnología y se convertía en imprescindible para ambos. Sin pretenderlo, habían reunido las mentes más brillantes en el mismo cesto. Y también, en algunos casos, las más desequilibradas; al fin y al cabo ese es el precio que hay que pagar por la creatividad: esta no puede existir sin caos.

El resultado fue tan previsible como imparable.

A medida que pasaban los años, la Peonza no solo se reveló como el primer exportador de tecnología avanzada, sino también como refugio para todos los inconformistas y algún que otro criminal de los dos bloques. Su estatuto de gobierno, que jamás había sido revocado, le concedía más autonomía de la que sus firmantes originales habían creído y ahora era demasiado tarde para dar marcha atrás. La Galaxia entera dependía de la Peonza y un electorado hambriento de nuevos juguetes no permitiría a sus gobernantes que mataran a la gallina de los huevos de oro.

Tanto el Mandado como la Confederación intentaban, infructuosamente, controlar la Peonza, y los servicios de información de las dos potencias competían, en un juego que se había ido prolongando durante cientos de años, por ver quién era el primero en obtener un nuevo juguete tecnológico, o una pieza clave de información. Era un juego fútil, porque nada se mantenía en secreto demasiado tiempo en la Peonza. Pero incluso unos días de adelanto eran un triunfo con respecto al otro bando. En cierta forma, la Peonza se había convertido en la válvula de seguridad de la Galaxia: un lugar donde Confederación y Mandato podían jugar sus peligrosos juegos de poder sin preocupaciones ni cortapisas, sin temor a desencadenar una guerra que acabase con todos. El acuerdo tácito original seguía vigente: lo que pasase en la Convergencia no afectaba al resto de la Galaxia.

Pero nada dura eternamente.

—Sordo, a bordo de la Bifrost

EL INTERROGATORIO

Así que la cagaste.

Confirmando, me pegué al novato que no era, pero cualquier otro en mi situación habría hecho lo mismo. Bajó de la nave adecuada, tenía los aires adecuados y no había ningún otro cerca que se le pareciera. Tenía que ser él. No es culpa mía que llegasen dos naves a la Peonza casi a la vez. Ni que en las dos hubiera un novato que no era lo que aparentaba. Además, tampoco fue precisamente una división por cero. Yo no era el único Irregular que había sido contratado para seguir al sáver y los demás dieron con el gusano correcto y se pegaron a él como pins a un eslot.

Pero tú seguiste a quien no era.

Y podéis estarme agradecidos por haberlo hecho. De no ser así las cosas habrían ido mucho peor, peri. Así que deja de teclearme; imprimiré el código a mi manera o no habrá código que imprimir. Y no sueñes con obligarme, sabes de sobra que no puedes.

De acuerdo. Sigue.

Eso ya está mejor, peri. Ni errores ni avisos, perfecto. El novato podía no ser un sáver, pero desde luego tampoco era de la Confederación, eso sin la menor duda, cien por cien libre de bichos, ¿confirmas? Aparentemente era un gusano más, un turista despistado acostumbrado a andar por la superficie de un pozo. Su tarjeta de código lo identificaba como un comerciante de chips de personalidad. Buena cobertura: los mejores los hacemos en la Peonza y ¿a qué otro lugar podía ir un treidinman a buscarlos? No se ajustaba mal a la tapadera: chachareaba como todos, andaba despistado como todos y no hacía nada que estuviera fuera

de lugar para un gusano que viene por primera vez a la Peonza. Pero si de algo me sirven todos estos filamentos de memoria es para no perderme detalle. Había cosas en él que no acababan de encajar con el próspero comerciante de Castalganda que decía ser. Claro, vosotros no lo habríais pillado, podríais haber estado pegados a él durante doscientas traslaciones para acabar pidiéndole disculpas por seguir a quien no era. Pero en cuanto lo vi se me puso la alerta en residente. Era mi novato, era el gusano al que debía seguir, no cabía la menor duda. Por detrás de toda la cobertura estaba ese brillo de desprecio en los ojos, ese aire de superioridad que identificaba a los sáver. Cómo podía saber yo que mi hombre vendría quince minutos después en otra nave. En cuanto hubo pasado el control de plagas me pegué a él de tal forma que si me hubiera visto habría pensado que era parte de su propio cuerpo. Grabé cada uno de sus gestos, el menor de sus movimientos, hasta las palabras que su garganta subvocalizaba sin que él se diese cuenta. Desde luego, no era quien decía ser, pero poco a poco fui viendo que tampoco parecía un sáver. Ya había conocido a otros; algunos, como este, venían a la Peonza bajo cobertura, otros proclamaban a los cuatro vientos su condición de ciudadano del Mandato. En parte encajaba con el molde, ya os lo he dicho: el desprecio, la superioridad, eso es típico de los sáver. Pero a sus ojos asomaba algo que jamás había encontrado en otro de su clase: curiosidad. ¿Compilas, peri? Es normal que los novatos se pasen los primeros minutos mirando a su alrededor con la boca abierta, incluso los que vienen del Mandato, pero a estos se les pasa pronto, enseguida dejan de mostrarse interesados, y el desdén es lo único que permanece en sus ojos. Mi novato no era así. Parecía deslumbrado ante todo lo que veía. Oh, lo ocultaba bien, desde luego. Para unos ojos no entrenados no había ninguna fisura en su disfraz. Pero hay formas de descubrir esas cosas. Al menos las hay si tienes el hemisferio cerebral izquierdo completamente sustituido por

filamentos de memoria y puedes grabar hasta el menor de sus gestos para analizarlos después tan en detalle como quieras. Así que mientras me pegaba a él y lo seguía con los dos ojos bien abiertos, fui examinando todo lo que había hecho desde que bajó de la nave. La primera vez que hice algo así acabé vomitando: es mareante hasta que te acostumbras, como si tuvieras doble visión. Pero acabas cogiéndole el truco y con el tiempo te las arreglas bastante bien para distinguir entre lo que sucede en tiempo real y las imágenes enlatadas. Algunos usan un ojo para ver la realidad y el otro para reproducir las grabaciones. Pero no soy partidario de eso: a la larga es peor, acabas perdiendo la estereoscopia y con el tiempo empiezas a no ser capaz de calcular bien las distancias. Lo ves todo en bajorrelieve, sin apenas perspectiva. Preferí aguantar los mareos y las náuseas hasta que pude controlarlos y manejar dos visiones simultáneas sin problemas. Tu cara revela un intenso interés por lo que te cuento, ¿eh, peri? Sí, ya sé que tengo tendencia a chacharear en exceso, pero ya te lo he dicho, o cuento las cosas a mi manera o no las cuento, así que será mejor que finjas que te interesa lo que digo. No es necesario que lo disimules con mucha intensidad. Una expresión de educada expectación será suficiente. Eso está mejor. Ahora puedo seguir y volver a lo que te interesa, ya verás qué contento te pones. El novato se pasó toda la mañana dando credibilidad a su tapadera. Contactó con algunos fabricantes y regateó con ellos sin llegar a nada concreto, pero pareció interesado en varios chips y quedó con los fabricantes en la siguiente rotación para fijar un precio definitivo. Es curioso. No sé si eso se ajustaba a su disfraz o el interés del novato era real, pero solo parecía fijarse en chips de personalidades desequilibradas. Hubo uno en concreto que pareció fascinarle: el del caníbal gourmet. Aquello era un fallo de cobertura, porque fuera de la peonza ese tipo de personalidades no tienen mucha venta. A los gusanos les interesan otras cosas. Pero bueno, eso no es importante. Al me-

diorrot se fue a su hotel, se metió en su habitación y se quedó en ella el resto de la rotación. Llamé a uno de los chicos para que viniera a relevarme y fui a ver a Con para darle mi informe. Entonces fue cuando me enteré de, ¿cómo has dicho, peri?, ah, sí, que la había cagado.

LOS IRREGULARES DE BAKER STREET

Arthur Conan Chandler llevaba diez años viviendo en la Peonza, o según su nombre oficial, en la Estación de Convergencia Número Uno. Aquel era un nombre estúpido, porque no se habían construido más estaciones, y la Peonza llevaba trescientos años girando solitaria alrededor del púlsar del que extraía la energía. Su forma legal de ganarse la vida era la de propietario de un bar de citas llamado Baker Street, pero la policía de la Peonza sabía muy bien (aunque nunca había podido demostrarlo) que la mayor parte de sus ingresos llegaban por medios algo más tortuosos. Solía definirse como un traficante de información, lo que no estaba muy lejos de la verdad. Los peris nunca habían podido pillarlo en nada ostensiblemente ilegal, entre otras cosas porque rara vez se arriesgaba a ser él mismo el que recogiese la información que luego vendía a sus múltiples clientes. Con el tiempo había llegado a tener un verdadero ejército de ados (a los que llamaba, en sus momentos de humor, los Irregulares de Baker Street) que recorrían la Peonza bajo sus órdenes, pegándose a los objetivos, metiéndose donde nadie más podía meterse y recogiendo para Chandler todo lo que necesitara. De ellos, el mejor había sido siempre Memorión, así que era lógico que en aquellos momentos estuviera furioso al ver que su mejor ado la había pifiado hasta el fondo y había seguido a un novato que no tenía nada que ver en el asunto.

—Pero Con —decía el chico—. Era él. Tenía que ser él.

—Memo —respondió Chandler, intentando dominar su furia—, el tipo al que te has pegado no tenía nada que ver con el asunto. Habla con Dedos y lo comprobarás. El verdadero objetivo llegó quince minutos después y Dedos y su grupo lo han estado siguiendo toda la mañana.

—No lo entiendo.

—No tienes por qué entender nada. —Poco a poco, Chandler se había ido calmando—. Bien. Quizá podemos salvar algo de este desastre. Muéstrame a tu gusano.

Memo cogió un holoprojector y enchufó el pin de conexión al eslot de su oreja. Chandler contempló intrigado la imagen en tres dimensiones que el chico proyectaba frente a él. En apariencia no había nada raro en aquel individuo. Vestía una larga túnica marrón, una vestimenta que estaba de moda en algunos mundos de la Confederación, y su pelo negro y poblado estaba cortado casi al cero. Tenía unos inquietantes ojos azules que nunca parecían parpadear y que habían puesto nerviosos a algunos de los hombres con los que había contactado aquella mañana. Chandler no tenía las increíbles capacidades de Memo, pero era un buen observador (tenía que serlo en aquel negocio) y, poco a poco, comprendió que el error del chico había sido prácticamente inevitable. El hombre tenía todos los signos que, a un ojo entrenado, lo revelaban como a un sáver bajo cobertura.

—De acuerdo, Memo. No hay problema. Yo mismo me habría equivocado. Y a lo mejor podemos sacar algo de este.

Memo asintió, complacido. Además de para Chandler trabajaba para otra media docena de hombres, pero con él se sentía más cómodo que con los demás. Con nunca le gritaba ni le echaba en cara un fracaso cuando era inevitable. En aquellos momentos, Memo estaba tan deprimido por su pifia y tan aliviado ante la reacción de Chandler, que se sintió impulsado a darle información gratis, algo que en otras circunstancias jamás habría hecho.

—Ese gusano no es un sáver —dijo.

Chandler lo miró con los ojos entrecerrados. Memo podía tener una capacidad de memoria casi total y una habilidad que parecía milagrosa para interrelacionar todo lo que grababa, pero a veces podía comportarse de forma tre-

mendamente miope, como si fuera una especie de sabio idiota. Chandler jamás se lo habría dicho, pero el diminutivo de su nombre era una clara referencia a eso.

—¿Qué quieres decir?

Memo rebobinó la grabación y luego le fue mostrando a Chandler las partes que le interesaban, comentándolas y explicándolas allí donde la sola imagen no era suficiente.

—¿Ves, Con? —dijo, ansioso como un perrillo obediente por recibir aunque fuera un pequeño hueso—. Ningún sáver se sentiría tan fascinado por lo que lo rodea. Es como si nunca en su vida hubiera visto nada igual. Y no hablo de la Peonza en sí, sino de cosas que ellos también tienen en el Mandato y que deberían resultarle normales. Míralo ante las cabinas de transporte.

—Hmmm —Chandler se acarició el mentón, cubierto por una dura barba de un par de días—. Sí, es raro. Pero si no es un sáver, ¿qué es?

—Hay algunos pozos en la Confederación que están más desversionados en tecnología que el resto, ¿confirmas?

—Confirmando. Yo mismo te lo dije. Pero es poco probable que venga de allí, si realmente es un comerciante de chips de personalidad.

—¿Y si no lo es?

—De acuerdo, Memo. —Chandler sonrió—. La has cagado pero has hecho un buen trabajo. Pondré a algunos chicos a vigilar a tu novato y veremos qué sacamos de él. Pero la presa importante es el sáver. Quiero que esta noche Dedos y tú relevéis a los que están ahora en su hotel y le sigáis.

—¿Crees que saldrá esta noche?

—Eso espero. Ahora es mejor que descanses un poco. Ah, dame una copia de las grabaciones de tu novato.

Memo se la dio y dejó solo a Chandler, quien se pasó el resto de la tarde proyectando las imágenes y, en ocasiones, congelando y ampliando algunas. Aquello era raro, e ines-

perado. Ninguno de sus contactos le había informado de la llegada a la Peonza de alguien así. Si lo ignoraban eso quería decir que la cosa era más importante de lo que parecía. Y si no lo ignoraban y no le habían pasado la información, el asunto podía ser más grave aún.

Pensó en lo que Memo le había dicho. ¿Procedente de algún planeta de la Confederación tan atrasado que se mostraba fascinado ante cosas tan prosaicas como una cabina de transporte? No tenía sentido. Si realmente su mundo de origen era tan vetusto, ¿qué podía hacer en la Peonza y cómo se las había arreglado para obtener un código de acceso a ella? No, no acababa de convencerle. Quizá aquel tipo no tenía nada que ver con lo que ahora se traía entre manos, pero era mejor mantenerlo vigilado por si acaso. Tal vez acabase saliendo algo interesante de todo aquello.

El sáver abandonó su hotel a las 21:30, y Memo y Dedos se pegaron a él como si fueran parte de su sombra. Ambos eran buenos en su trabajo, y un observador suspicaz no habría visto en ninguno de los dos nada distinto de un par de adolescentes en busca de juerga. El que parecieran seguir el mismo camino que aquel hombre alto de ceño fruncido y poblada barba castaña no podía ser más que una coincidencia: al fin y al cabo, el hombre se encaminaba hacia los domos, y si los chicos querían divertirse era lógico que fueran en la misma dirección.

En efecto, el sáver (que se había registrado como Parzeewal Aronson, el mismo nombre que figuraba en su tarjeta de código) se internó en la galería de los domos y pareció deambular por ella sin rumbo fijo. Memo y Dedos, metidos en su papel, lo dejaron seguir mientras se entretenían contemplando alguno de los holoescaparates que había a su paso. Dedos simuló estar especialmente interesado por uno que mostraba a una pareja haciendo el amor en un do-